

La verdad y sus complicaciones

Truth and its complications

José Chamizo de la Rubia

Resumen

Se trata en este pequeño artículo de analizar «la Verdad» desde un punto de vista social más que filosófico. Hay diferencias notables pese a que la filosofía incide en el pensamiento de las personas. Por ello se habla de la verdad en relación a determinados grupos: desaparecidos, excluidos sociales, partidos políticos, y como *ombudsman* de Andalucía cesado por unanimidad por no someterme a la mentira.

Abstract

This little paper is about analyzing «the truth» from the social standpoint rather from the philosophical. There are remarkable differences despite the fact that the philosophy hits the thought of the people. It is about the truth in relation to certain groups: missing, socially excluded, political parties and as *ombudsman* removed, by unanimity, for not submitting to the lie.

Palabras claves: Verdad, Desaparecidos, Excluidos, Política, Mentira.

Key words: Truth, Missing, Excluded, Politics, Lie.

Libertad y verdad forman una unidad de vida y acción entre las cuales no siempre es fácil mantener un equilibrio. No hay libertad sin verdad aunque en muchas ocasiones este binomio se rompa no tanto por cobardía como por miedo, terror a hacer daño. La verdad ciertamente tiene muchos rostros, la libertad probablemente tenga uno, único, aunque adaptable a las diversas circunstancias. Siempre me dejé llevar por un principio evangélico: «la verdad os hará libres». Pero en este largo camino de la existencia he tenido que modular verdades, silenciarlas temporalmente, disfrazarlas en otras ocasiones por mi obsesión de no hacer sufrir.

Veamos distintas situaciones en donde es necesario decir la verdad pero con tanta delicadeza que uno no sabe bien si ha actuado correctamente:

1. Verdad y desaparecidos

En los años que estuve al frente de la Oficina del Defensor del Pueblo Andaluz uno de los temas más duros y menos conocidos, con los que tuve que enfrentarme, fue con las personas desaparecidas. Podemos hacer a modo de síntesis tres grupos: aquellas que lo hicieron por voluntad propia, otras que se fueron sin saber ni dónde ni por qué, bien por seguir a una secta o a otras gentes, y aquellos que lo hicieron sin quererlo. Hubo varios casos en los que las madres acudían a mí para que la policía, al ser los desaparecidos mayores de edad, continuase la búsqueda. En dos ocasiones, las madres contaban la misma historia: «se fue a Tarifa con la moto acuática y desde hace un mes no sabemos nada». Yo, sin tener constancia oficial, sabía con toda seguridad que esos jóvenes habían muerto en las aguas del Estrecho, pero no podía decirlo sin pruebas e incrementar el dolor de las madres. Me limitaba a sugerir posibilidades de accidente en el mar, de modo que una de las madres comprendió rápidamente lo que quería decir. Por otra parte, me comprometía y actuaba ante las autoridades españolas y marroquíes, por si estaban en un hospital, en la cárcel... Las dos investigaciones iniciadas dieron un resultado negativo. Una de las madres volvió a visitarme y tuve que decirle, con toda la ternura posible, la verdad. Su rostro nunca podré olvidarlo. Forma parte de mi patrimonio interior constituido por alegrías y pesares intensos.

2. Verdad y exclusión social

En el ámbito de la exclusión social, verdad y mentira muchas veces son una misma cosa. O si se quiere las dos caras de la misma moneda. Se miente para sobrevivir y se dice la verdad por instinto de supervivencia. Querer acercarse a la exclusión social desde la perspectiva de la verdad pura es un error. El excluido, para poder llevar adelante una dura existencia, se ve obligado a mentir. Por ejemplo, si es adicto, para poder comprar estupefacientes; si tiene hambre, para poder comer; si está enfermo, para conseguir una medicación; si tiene causas pendientes con la justicia, para no ser detenido.

Sin embargo, la persona en exclusión social un día sin venir a cuento te cuenta toda la verdad de su vida desde que nació hasta el momento de iniciar su vida en la calle. Son historias tremendas en las que la persona no quiere que nadie entre para evitar el sufrimiento. Curiosamente, hay un miedo al dolor como no he encontrado en nin-

gún otro colectivo. Pedir o exigir a alguien con ese tipo de biografía que te cuente «toda la verdad» es un ejercicio de crueldad imperdonable. La verdad se disfraza para seguir «tirando» hacia adelante me dijo alguien que aún vive en esa situación. Las sustancias que a veces consumen son el antídoto a las penas. En otras ocasiones, aceptar la verdad supone iniciar el camino de la locura: estás solo y no importas a nadie.

3. Verdad y política

Si hay un ámbito en el que la mentira es la moneda común a intercambiar sin duda es la política con mayúscula y minúscula. Los intereses partidarios hacen que el juego de verdades y mentiras se eleve a la categoría de principio fundamental. Algunos políticos creen lo que dicen y otros dicen lo que no creen. Hay afirmaciones rotundas que se olvidan una vez que se han bajado de la tribuna parlamentaria o un periodista ha apagado el micrófono. Sorprende que no se den cuenta de cómo ya prácticamente nadie les cree. Sorprende que continúen hablando sin parar cuando la sociedad ha dejado de prestar atención a sus mensajes. El índice de abstenciones en los procesos autonómicos y municipales es revelador del nivel de desinterés con el que la ciudadanía mira la acción política.

La verdad está en la esencia del sistema democrático pero ha sido suplantada por medias verdades, verdades confusas y mentiras.

Si la política no comienza a recuperar el concepto ético y filosófico de la verdad acabará siendo una cuestión secundaria porque la sociedad civil se encontrará, se está encontrando, con la obligación de resolver sus propios problemas.

4. El precio de la verdad

Los temas expuestos anteriormente deben servirnos, de alguna manera, como introducción al precio que tiene la verdad para quien tiene que decirla y también para la persona receptora. La verdad tiene un precio que hemos dicho antes se circunscribe al ámbito del dolor, del sufrimiento. Aunque no olvidemos las alegrías que nos da saber la verdad en muchas ocasiones.

Pero hay verdades que tienen como respuesta del poder la anulación de la voz y la persona que en un momento dado les dice que están mintiendo.

En mi caso personal, hay dos momentos en los que decir la verdad tuvo como consecuencia mi destitución por unanimidad.

El primer momento se produce cuando presenté el informe anual del Defensor del Pueblo Andaluz correspondiente a 2012. En aquel informe se demostraba cómo la crisis estaba haciendo estragos en la población andaluza. Una de las manifestaciones más tremendas eran los continuos desahucios de familias que en muchísimos casos habían estado pagando su hipoteca o alquiler, y en este momento, por no tener trabajo, no podían hacer frente a sus deudas. En ese mismo informe, hablaba de algo que posteriormente ha sido un lugar común en todos los estudios e informes sociales: el dramático incremento de la pobreza infantil. Después de terminar mi exposición, los distintos representantes de las fuerzas políticas empezaron a discutir de banalidades, defendiendo cada uno de ellos a sus líderes. Haciendo, por tanto, caso omiso a los mensajes que yo les había dirigido y que a su vez me los habían remitido los hombres y mujeres de Andalucía. Lo dije con la misma veracidad y crudeza con la que se expresaban numerosas cartas que había recibido.

Ante una reacción tan lastimosa de los parlamentarios no pude menos de mostrar mi enfado y decirles que si no sabían que «la gente estaba de ellos hasta la coronilla»; «que la gente estaba harta de sus ridículas peleías». Esas palabras, más otras que dije, dieron la vuelta a España y aquello fue viral en Twitter y en Youtube. Desde ese momento, el presidente de la Junta comenzó ya su campaña contra mí diciendo un argumento en parte verdad «que yo ya llevaba muchos años como Defensor». Nunca dijo los que él llevaba en política, que duplicaban los míos.

El segundo momento de tensión viene provocado por la aplicación de la Ley de Dependencia. El número de quejas recibidas en la Institución nos desbordaba. Ya no teníamos respuestas creíbles que dar a las personas. Parecía que la única estrategia del Gobierno Central y del Andaluz era esperar a que las personas mayores murieran. Es verdad que en Andalucía se había hecho un esfuerzo importante, pero habíamos llegado a un callejón sin salida. Le dije al presidente que por qué no se derogaba parte de la Ley y nos centrábamos en la atención y ayuda a los grandes dependientes. La respuesta fue agresiva, desagradable y brutal, en síntesis me dijo que «qué me había creído yo y la gente de los temas sociales». «Que no había dinero y que él no acaba de colocar en el mercado la deuda andaluza».

Hubo un segundo encontronazo teniendo nuevamente como argumento la Ley de Dependencia. Las quejas se incrementaban día a día; la Oficina estaba llena de personas que venían a buscarme para con-

tarme las situaciones dramáticas que estaban viviendo. Sabía que me la jugaba, pero no me importaba, por eso volví a pedir cita al presidente. En esta ocasión, no me recibió sino que fue un encuentro ocasional, en el que le volví a insistir sobre los problemas que la ciudadanía me estaba haciendo llegar continuamente. Su respuesta fue maleducada y displicente. Creo que ya, en ese momento, había comenzado a mover la maquinaria para conseguir mi cese. A él se unió inexplicablemente el representante del Partido Popular, y más inexplicable todavía, el de Izquierda Unida. La encargada de ejecutar la operación fue la actual presidente de la Junta, a la sazón consejera de la presidencia.

Con esta acción pretendían dejar claras dos cosas: primera, «aquí mandamos nosotros/as»; segunda, si no hay dinero que «las familias atiendan a los mayores como se ha hecho toda la vida». La excusa utilizada siempre es la misma: a nosotros nos han votado, al Defensor lo elegimos nosotros y tiene que estar sometido aunque la ley diga lo contrario; las leyes las cambiamos cuando nos dé la gana.

La verdad era otra: el pueblo sufría las consecuencias de una mala planificación y ejecución de una ley; su defensor elevaba la voz y esta era pisoteada por quienes se creen no representantes sino dueños del pueblo. Para este tipo de personas la libertad es hacer lo «que a mí me dé la gana y me reporte votos», la verdad «depende del tema que se trate». Las comillas corresponden a palabras oídas a hombres y mujeres que dirigen o han dirigido parcelas importantes de la política andaluza.

Personalmente creo que el precio pagado por defender a colectivos ignorados por los políticos, es el justo. No me quejo. Volvería a hacerlo. Si no me sentiría indigno como ser humano.

No obstante, me entristece la falta de respeto hacia la gente; la frivolidad con la que se gobierna; la mentira como moneda común de cambio e intercambio. Pero son tiempos zafios en los que solo queda una salida: que los valores éticos vuelvan a la sociedad civil para establecer unas nuevas reglas de comportamiento y de acción.

5. La verdad en las cárceles

El número de personas que pueblan el complicado mundo penitenciario supera las setenta mil. Es un universo particular con códigos de comportamientos muy «sui generis», que no siempre recuerdan a los comportamientos que tienen estas mismas personas en libertad. Hay dos cuestiones que llaman mi atención: el silencio y la negación de la verdad. Ambas parecen la misma cosa pero tienen diferentes matices.

El silencio no es *l'omertá* mafiosa, es más: me callo y no me meto en ningún lío. El peor calificativo que se puede dar a un preso es el de chivato. Aunque haya visto una pelea desde los orígenes hasta el final, afirmaré con rotundidad que no he visto nada. La mentira como mecanismo de defensa: si hablas puedes tener grandes problemas.

La negación de la verdad tiene aspectos muy distintos. Si soy un interno que no tiene ni para tabaco, ni para café, es decir, no tengo peculio (aportación económica de la familia generalmente), me uno a aquellos que pueden y de hecho me invitan. Pero en las cárceles casi nada es gratis aunque parezca lo contrario. A cambio de tabaco y el café, hay que hacer lo que diga el jefe, quien paga manda. Si hace falta limpiar su celda, se hace; si hay que conseguirle cualquier capricho, se consigue. Lo peor llega cuando el jefe comete un delito, habitualmente contra un funcionario o contra otro preso. Entonces hay que mentir y decir «yo» fui quien realizó esa tropelía. A veces esa mentir tiene como consecuencia más años de cárcel. Mentir por huir del apelativo chivato y autoinculparse de algo que no has hecho son realidades casi cotidianas en las prisiones, donde la verdad plantea dificultades insalvables.

6. Conclusiones

– No solo desde un punto de vista ético o moral, también práctico, siempre es preferible decir la verdad.

– Cosa diferente es cómo y cuándo decirla. Es tan delicada que puede ser cruel o tierna. Necesitamos, por tanto, una pedagogía de la verdad.

– Decir la verdad haciendo daño o sin medir las consecuencias es un ejercicio de irresponsabilidad y en ocasiones de prepotencia.

– La política si quiere ser asumida por el pueblo que vota, o busca nuevos caminos o está condenada al desdén popular continuado. Actuar con honestidad constituye uno de los elementos que pueden hacerla creíble.

– Decir la verdad especialmente a quienes detentan el poder tiene un precio, he podido comprobarlo. Pero siempre será menor que sentirte un traidor que ha perdido la dignidad por un cargo.

– Verdad y humildad son necesarias, imprescindibles en este momento de la historia. Sin ellas no tenemos futuro.

Solicitado el 27 de diciembre de 2014

Aprobado el 29 de enero de 2016

José Chamizo de la Rubia
Ex-Defensor del Pueblo Andaluz
j.chamizodelarubia@gmail.com